

ANAYA TOURING

LUGARES GENERALMENTE DISTANTES



Carmelo Jordá

lugares generalmente distantes

Por Carmelo Jordá

introducción

Siempre he pensado que había demasiados libros en el mundo y que añadir uno mío a esa profusión era completamente innecesario. Pero aquí estamos, querido lector, y usted tiene un ejemplar de *Lugares Generalmente Distantes* en sus manos -cosa que le agradezco en el alma- así que quizá sea pertinente aclarar qué ha pasado, qué me ha hecho cambiar de idea. Podría decir que han sido las ansias de gloria y dinero, pero los dos sabemos que esto no es cierto, sobre todo lo referente al dinero, pues aquello de que "escribir en España es llorar" sigue siendo un poco cierto, aunque la frase al parecer sea falsa. No, no ha sido por hacerme rico ni por la improbable gloria, así que la única explicación que encuentro es que, de alguna forma, llegó un día en el que necesitaba hacerlo y lo hice abrazando la primera excusa peregrina que encontré.

Y, como se dice ahora por las redes sociales, lo que ocurrió a continuación le sorprenderá, como me sorprendió a mí: lo que nació como una idea insólita pronto se convirtió en un reto y más tarde en una fuente de forzado placer diario. He disfrutado con casi todas las páginas de este libro -con algunas no tanto, pero no le diré cuáles son, aunque quizá usted solito las descubra- y también con la tarea de pensarlo, medirlo y ejecutarlo. Si eso no hubiese sido bastante pago por el tiempo que le he dedicado a este volumen en el que usted se está adentrando, a esos primeros disfrutes se han sumado después el de editarlo -gracias a Anaya Touring por ello y por la confianza que han depositado en esta aventura- y, finalmente, ya no es disfrute sino más bien gozo desatado, que usted lo lea y, muy especialmente, que haya pagado el módico precio que marca la cubierta. Sí, reconozco que pese a no haber escrito por el dinero esto último me produce un placer singular, qué le vamos a hacer, así somos los materialistas y no está la cosa como no agradecer que usted haya contribuido a hacer de este pobre periodista un periodista un poco menos pobre.

Hecha esta primera aclaración pasaré a una segunda quizá más importante: todo lo que va usted a leer en las páginas de *Lugares Generalmente Distantes* es cierto y todo ocurrió tal y como se lo cuento. O al menos así lo recuerdo yo, que es el nivel de verdad más profundo al que un humilde escribidor puede aspirar. Confieso que he consultado nombres que se habían difuminado con el paso de los años y he comprobado también que algunas cosas estaban donde el *gepeese* de mi memoria las ubicaba, con resultados casi siempre satisfactorios. También he repasado mis fotos, algunas ahora también a su disposición y disfrute, pero la mayor parte de lo que leerá estaba simplemente ahí, en algún rincón de mi atribulada cabeza esperando que me pasase a recogerlo. La verdad es que no me sentía muy capaz de encontrarlas todas, pero mi memoria desordenada

ha respondido bien, como cuando entras al viejo trastero de una casa de pueblo buscando algo y acabas hallando inesperadas sorpresas que tú mismo habías dejado allí, precisamente, para darte con ellas en el futuro, así como por casualidad.

Me imagino, por último, que usted se preguntará por la arbitraria selección de destinos que forman estos *Lugares Generalmente Distantes*. Le responderé, se haya hecho o no la pregunta, que no he escrito sobre los países o las ciudades que más me han gustado en mis viajes -aunque obviamente varios de ellos están entre mis favoritos- ni de los que mejor he conocido: en este libro están los sitios que han pedido más fuerte estar, aquellos de los que he sentido más necesidad de escribir, sin preocuparme de que la selección fuese representativa, razonable o variada, ni de que formasen un conjunto coherente, aunque al final creo que sí lo son, un poco a su modo. De forma implícita y en absoluto premeditada, probablemente esta lista refleja una forma de viajar y de entender el viaje que quiero pensar que es parte de lo que este libro le puede decir o de lo que me puede decir a mí mismo: que no importa lo trillado que esté el camino o lo conocido que sea un destino o lo repleto de turistas que esté a nuestra llegada, nada de eso es sustancial si somos capaces de adentrarnos en él como si fuéramos los primeros en hacerlo y si lo hacemos como si estuviésemos solos. En fin, que en todo viaje hay descubrimiento y asombro si viajamos bien, si ponemos todo de nuestra parte para encontrarlos.

Incluso en lo más cercano, en nuestra propia ciudad, podemos encontrar ese viaje, esa sorpresa y ese placer que supone desplazarse a lugares que generalmente son distantes, pero que como admite la RAE con ese adverbio, no siempre lo son. Por eso he querido escribir, o he tenido que escribir, de Madrid, mi Madrid, una ciudad maravillosa que me apetecía reivindicar, con toda modestia. O mejor dicho: que me gustaría que todo el mundo, o al menos usted querido lector, viese tan hermosa como la veo yo. Y sí, he dicho hermosa y no interesante, divertida o acogedora, porque creo que lo es, como es esas otras cosas y muchas más, pero quizá los madrileños estamos tan acostumbrados a ella que nos acordamos mucho menos de su belleza. Si cuando termina de leer este libro usted está un poco más de acuerdo con esto me daré más que por satisfecho como autor. Bueno, con eso y con su paso previo por caja, ya se lo he dicho e insisto: ha hecho usted toda una obra de caridad, así que no olvide comentárselo a San Pedro llegado el día.

Por último, y ahora sí que de verdad voy terminando, en mi vanidad de autor o en mi carácter de culpable de este volumen que tiene en sus manos me gustaría que usted lo leyese con atención, empezando por el principio y acabando por el final, parándose en todas y cada una de las imágenes y disfrutando de ellas, casi diría que con cariño o, al menos, con un poco de compasión, pero no voy a ser tan pretencioso como para darle instrucciones y menos aún órdenes: lea usted como quiera, mire lo que le de la gana y saque las conclusiones que le apetezca, que para eso ha pagado y a partir de ahora es usted el dueño de su relación con estas páginas. Yo he llegado hasta esta orilla y aquí le dejo y me despido, más allá estará usted a solas con El Viajero. Gracias por embarcarse y que la ruta le sea de provecho. •

Carmelo Jordá



índice

Irlanda	**10**
Egipto	**30**
La carretera	**50**
Jerusalén	**64**
Nueva York	**84**
La mesa	**108**
Roma	**122**
Berlín	**142**
La fotografía	**160**
Estambul	**172**
Madrid	**192**



IRL

DA


AN



... y recordó la fascinante portada de un viejo disco de Led Zeppelin, creada a partir de una fotografía de la Calzada en la que unas figuras infantiles se mueven entre las piedras como buscando a una presencia inquietante que se adivina al otro lado.





Cuando piensa en Irlanda El Viajero recuerda carreteras estrechas, rodeadas de un entorno bellísimo, solitario, carreteras en las que la naturaleza circundante parecía más viva de lo normal y en las que la belleza de un momento único e irrepetible le obligaba a buscar un hueco en el que aparcar el coche y salir a mirar, oler y casi beber el paisaje. No es algo que le haya ocurrido sólo una vez: le pasó junto a los lagos del Parque Nacional de Connemara; le pasó en el Anillo de Kerry, en una ruta que bordeaba serpenteante el salvaje Atlántico; le pasó otra vez unos kilómetros más adelante, en el estrecho camino asfaltado que le llevaba hasta la cima de unos enormes acantilados en el Anillo de Skellig; le pasó en Strangford Lough, el angosto pero enorme entrante marino que hace de ese rincón de Irlanda del Norte uno de los lugares más bellos de la isla, lo que es casi lo mismo que decir del mundo; y le pasó entre la niebla del Sally Gap, cruzando las montañas de Wicklow, allí donde el paisaje es descarnado y el viento y la bruma lo hacen tan despiadado como hermoso. Así es la naturaleza en Irlanda, así es la isla y así resuena en su memoria: con una belleza apabullante, sobrecogedora, que puede quitarte el aliento después de cualquier curva, tras el siguiente cambio de rasante, en el próximo valle.

Irlanda tiene un encanto mágico, incluso para alguien como El Viajero con una idea más bien negativa de lo que la mayor parte de la gente considera como 'mágico'. Pero lo cierto es que ante el verde profundo de los campos irlandeses; cuando bebe, come o escucha música entre los indígenas; al contemplar -o sufrir- la salvaje belleza del océano y su casi siempre brutal encuentro con la costa; o cuando se interna en las ruinas de una antigua abadía o entre las tumbas de un viejo cementerio, siempre tiene la misma sensación: "Me ha vuelto a atrapar", se dice, "la magia de Irlanda existe", admite a regañadientes.

El Viajero recuerda claramente su primer encuentro con "ese algo especial" de la isla esmeralda: fue en Glendalough, un antiguo monasterio en las montañas Wicklow, en un día muy húmedo y algo frío en el que una luz difusa atravesaba un tanto perezosa la capa de nubes y de alguna forma saturaba el verde denso que parecía cubrir todo. Desde la distancia -el parking estaba a unos cientos de metros- vio la alta torre circular que domina el conjunto, después cruzó el puente sobre el pequeño río recién nacido en el lago sólo unos kilómetros más arriba y por fin llegó a los edificios que rodeaban la torre y formaban el antiguo convento. Allí

Así es la naturaleza en Irlanda, así es la isla y así resuena en su memoria: con una belleza apabullante, sobrecogedora.

en Irlanda los monasterios no eran las grandes y lujosas construcciones a las que estamos acostumbrados en España, sino pequeños pueblecitos de modestas casas que se diría que no querían dejar de ser naturaleza. El Viajero se paseó entre las construcciones y rozó con la yema de sus dedos las piedras cubiertas de líquenes y musgo, pensando en la cualidad orgánica de un lugar abandonado hace cientos de años, pero que parecía no sólo una parte del paisaje sino incluso una especie de ser vivo capaz de despertar y ponerse en marcha en cualquier momento.

Pero nada de eso ocurrió, por supuesto, así que siguió su paseo internándose en el cementerio que completaba el conjunto, al pie mismo de la torre de Glendalough. El camposanto era viejísimo, no antiquísimo como el monasterio, pero las tumbas estaban lo suficientemente abandonadas y ajadas para que El Viajero se sintiese en el escenario de un cuento de terror gótico, o en el lugar perfecto para la escena cumbre de una novela de aventuras en la que, pongamos por caso, el señor de Ballantree fuese a reaparecer por sorpresa para cobrarse alguna de sus viejas venganzas y lo hiciese en Irlanda en lugar de en la no muy lejana Escocia. Enormes lápidas ocupaban el espacio de una forma que le pareció caótica, desordenada, de nuevo orgánica aunque ahora la sensación era diferente: no es que se dispusieran a moverse sino más bien como si hubiesen sido sorprendidas en mitad de extraños desplazamientos durante la noche y obligadas a detenerse en posiciones y posturas azarosas antes de llegar a su destino. Algunas de ellas, con sus enormes cruces celtas, le daban un casi exagerado aspecto irlandés al lugar, como si no fuese suficiente con el verdor que lo rodeaba y que penetraba hasta en la propia piedra o con la torre circular del monasterio. Todo era tan de allí, tan ajustado a lo que cabía esperar, tan apropiado, que alguien suspicaz habría podido sospechar de su autenticidad. Pero la realidad que El Viajero ha encontrado siempre en Irlanda es que no hay engaño ni mentira: todo es real y auténtico, incluso cuando parece un decorado o una localización cinematográfica mejorada con mimo antes de empezar el rodaje.

Desde el cementerio se veían las cumbres nevadas de las montañas y bajo ellas los dos lagos que completaban el conjunto para que no faltase un punto de belleza natural tan intensa que casi resultaba insoportable. Un camino amplio a través del bosque de viejos árboles le llevó a la orilla del Lago Superior, después de haber bordeado el inferior. Allí le sorprendió una lluvia fina de la que se refugió como pudo bajo unas ramas, desde donde veía la gran extensión del lago, encajado entre las montañas, tan largo que su final se perdía entre la lluvia y los bosques, muy al fondo. Solo, con el agua a sus pies y sobre su cabeza, se sintió intimidado frente a la naturaleza, que parecía volverse salvaje y agresiva sólo un metro más allá.

Pero no lo era y para demostrarlo la lluvia cesó tan repentinamente como había empezado e incluso las nubes se apartaron poco a poco y dejaron paso a un sol titubeante al principio, más decidido después. Era la oportunidad de volver sin mojarse más de la cuenta y caminando con prisa El Viajero deshizo sus pasos, internándose de nuevo en el bosque. Algo inesperado pasó entonces: los rayos de sol arrancaban pequeñas nubecitas de vapor de las plantas colmadas de agua, la atmósfera se había purificado con la lluvia y tenía una extraña limpidez, una claridad insólita, los colores se saturaban y el verde -sobre todo el verde, claro- alcanzó una intensidad desconocida para él. Cada molécula del bosque parecía vibrar por sí misma, pero todas daban la misma nota en un unísono perfecto. La naturaleza respiraba a su alrededor y El Viajero sentía que ese espectáculo bellísimo se desarrollaba especialmente para él y sólo para él. Lo cierto es que de esto podía estar seguro: no había nadie más por allí, pero fuese como fuese y más allá de las ensoñaciones que le produjese entonces o que ahora le produzca recordarlo, aquel momento marcó para siempre su relación con Irlanda.

Todo el mundo cree que viajar es siempre maravilloso, pero El Viajero sabe por experiencia propia que muchas veces es un trabajo duro y algunas incluso sufrido. Eso no quiere decir, por supuesto, que no merezca la pena, de hecho es más bien al contrario: cuanto más penoso es el trayecto mejor es el premio final o más se disfruta, aunque sea en el recuerdo, el logro de haber completado el camino. Pero, ay, eso no hace que el esfuerzo del momento sea menor, ni que estés menos agotado cuando vuelves al hotel por la noche, feliz pero terriblemente cansado.

En Irlanda vivió uno de esos días en los que se preguntaba si todo aquello de verdad valía la pena. Fue en Portmagee, un pequeño pueblo casi al final de la península de Kerry y frente a Valentia Island, en una zona donde la tierra firme y el océano más que encontrarse chocan con violencia, incluso cuando el mar está en calma... las pocas ocasiones en las que eso ocurre.

Pero aquel día el mar no estaba en calma, a pesar de que el estrecho canal que separa la "tierra madre" de Valentia Island sí pareciese razonablemente tranquilo. Tampoco nada en el puerto de Portmagee explicaba la inquietud de varios grupos de turistas que observaban el mar, el viento y el cielo como esperando una señal que aclarase qué iba a ocurrir. Entre ellos estaba El Viajero, que se acercaba al puerto y preguntaba una y otra vez sin recibir una respuesta concluyente. Al final, todo se agitó tras la tensa calma y las barcas de pesca reconvertidas en transportes para los turistas empezaron a llenarse y fueron saliendo del pequeño puerto. El Viajero ocupó su sitio en una de ellas, con una decena de desconocidos que, como él, se sentían emocionados por conocer Skellig Michael, uno de los lugares más remotos y hermosos de Irlanda.



Las islas Skellig están a una distancia considerable de la costa: unos 15 kilómetros que en las pequeñas barcas son cerca de tres cuartos de hora de navegación. El mar extraordinariamente picado hizo del viaje una auténtica tortura y, mientras sentía que estaba echando el alma por la borda, El Viajero pensaba en lo que debía de ser ese traslado allá por el siglo VI, cuando se estableció la comunidad de monjes -sí, en Irlanda casi todo lo han hecho primero los monjes- que construyó en lo alto del islote unas pequeñas celdas de piedra y, para llegar a ellas, una escalera de cientos de peldaños arrancados a la roca viva. Aún hoy en la isla se siente una sensación espectacu-



Barcos esperando a los turistas en Skellig Michael.

lar de último confín, de final del mundo, que ahora es sólo la impresión subjetiva que nos transmite ese islote, aún visible desde la costa pero tras el cual no parece haber nada. Pero lo que en el siglo XXI es sólo un sentimiento, era una realidad objetiva en un pasado en el que el monje que remaba durante horas para llegar a Skellig no es que no sabía de la existencia de América, es que ni siquiera tenía noticia de Islandia y Groenlandia. Sí, ese islote pequeño y empinado era literalmente el final del mundo y los monjes que fueron a vivir allí -y que vivieron durante nada más y nada menos que seis siglos- habían tomado la decisión consciente de apartarse al máximo, situarse lo más lejos posible del pecado.

Y lo consiguieron, vaya si lo consiguieron.

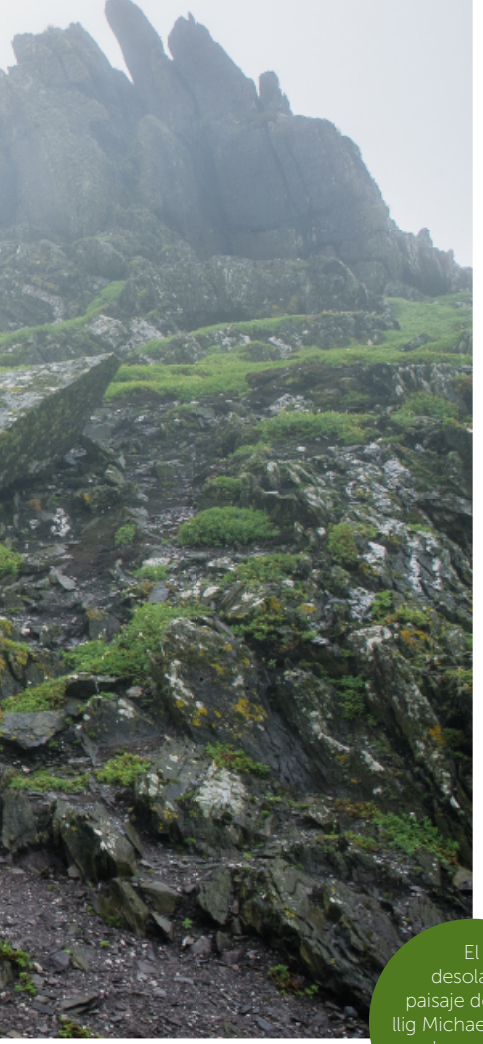
También El Viajero logró llegar e incluso pisar tierra firme en el minúsculo y poco eficaz puerto de la isla. Allí, con las olas levantando y bajando la barca un metro en cada acometida, pensó que era incapaz de realizar el ascenso y, por supuesto, de disfrutar lo más mínimo con ello. Pero se puso en marcha, primero por el camino y después por los escalones, uno a uno, despacio, parándose en tramos cortísimos al principio y un poco más largos después. Subía con calma porque en aquel momento su cuerpo no era capaz de otra cosa, pero es probable que eso le hiciese disfrutar de la experiencia de una forma más intensa, más completa. Sintió la lluvia en su rostro, sintió el aire frío y sintió la belleza abrumadora de un



lugar que parece salido de una mente perturbada en vez de modelado por milenios de condiciones ambientales extremas.

Skellig Michael es pura roca, poco más que un pedrusco lanzado en mitad del océano. Las piedras saben que están en su terreno y se contorsionan en formas ilógicas, desafiando la Ley de la Gravedad pero, al mismo tiempo, transmitiendo una sensación inequívoca de solidez: algo le decía que era imposible que esa piedra que parecía sostenida sólo por el viento fuese a moverse un milímetro a su paso: allí seguiría cuando él la bordease, al acabar aquel día y seguramente dentro de 1.500 años, como seguramente ahí estaba hace 1.500, cuando llegaron los primeros monjes. Todo lo que no es roca en la isla es verde -bueno, de hecho hasta la roca es verde, piensa El Viajero- pero lo cierto es que el escaso espacio de tierra de la superficie está tomado por unas plantas que son incapaces de crecer más de unos dedos en el clima hostil, pero que aun así tienen un verde intenso y proliferan por todos lados y ocupan todos los huecos.

Poco a poco, como enrollando la larguísima escalera, llegó a la parte más alta de la isla, donde los monjes habían construido su sencilla co-



El desolado paisaje de Skellig Michael, ahora en los confines de la galaxia.

munidad: sólo unas pequeñas celdas redondas, hechas con piedras que se amontonaban más o menos ordenadamente hasta formar una cúpula tosca. Dentro de ellas, el espacio era el de una habitación pequeña en la que parecía imposible otra intimidad que no fuese la de la oración. El Viajero entró en una de las frías chozas de piedra aprovechando un momento en el que no se había colado ningún otro de los turistas que pululaban por allí. Desde luego, no le pareció un lugar muy acogedor, se sintió llamativamente solo y no mucho menos expuesto a la ferocidad de la naturaleza que en el exterior. Y se sintió también algo más cerca de aquellos hombres tan extraños que decidieron llevar una vida tan difícil, tan alejada. La verdad, pensó, es que el mundo que dejaban atrás era mucho más inhóspito que el que conocemos hoy, pero lo dejaban mucho más atrás: si ahora la distancia entre Portmagee y las Skellig son unos tres cuartos de hora de mar picada, entonces se necesitarían semanas para llegar a algo que tuviese un parecido lejano con la civilización. Y pese a eso iban hasta allí y vivían en los rudimentarios montones de piedra -y lo hicieron durante cientos de años-, en esas casuchas como la que El Viajero había tenido que abandonar sólo unos minutos después de entrar. Quién sabe, se preguntaba siguiendo su paseo por el pequeño monasterio, si esa insistencia, ese empeño a través de los siglos, no quiere decirnos que allí, lejos de todo, los monjes que seguían el ejemplo de San Fionnán encontraban alguna forma extraña e improbable de felicidad.

El conjunto monástico se completa con una construcción sólo un poco más grande que pudo ser un almacén o un oratorio en el que celebrar ritos de la comunidad o quizá ambas cosas a un tiempo; algunos terrenos que debieron ser minúsculos huertecitos y lo que parece un cementerio en el que, por supuesto, es imposible ver nada más allá de unas lápidas completamente desgastadas que en su día contarían, o no, quién ocupaba cada una de las tumbas. La única riqueza del lugar, lo único en lo que la naturaleza era generosa con los monjes de Skellig era en las vistas: desde allí el océano se extiende hermoso y fiero ante los ojos del observador y sólo en los días claros al fondo se distingue la costa, como un recordatorio de que el mundo sigue allí, visible pero separado del pequeño islote. El Viajero pensaba y aún hoy piensa en la inmensa fuerza de la fe que llevaba a aquellos monjes a vivir allí, que mantuvo la isla habitada durante siglos por unos pocos hombres que se alimentaban de pescado, alguna verdura escasa y huevos y carne de los pájaros, es de suponer que entonces tan abundantes como ahora. No, no debería ser una vida fácil y el viaje no era un traslado de menos de una hora en lancha, pero aun así llegaron hasta allí y allí se quedaron.

Hoy en día las Skellig han ingresado en el circuito de un turismo para el que no están diseñadas gracias al cine: su aparición en la secuencia final de una de las nuevas entregas de Star Wars le supuso la mejor campaña publicitaria que cabría imaginar y, pese a que sigue siendo un lugar lejano y a que el mar no siempre permite llegar hasta allí, turistas de todo el mundo quieren conocer esa isla que desprendía magia en la gran pantalla. Fue el caso de El Viajero, sin ir más lejos, que al ver las imágenes y comprobar que no eran fruto de cuidados efectos digitales se dijo que quería viajar a Skellig Michael. Y es el caso de cientos de fans de la saga que llegan a la zona fascinados por historias de jedi del otro extremo de la galaxia, pero que cuando conocen Skellig vuelven a casa hablando de un islote de imposible belleza y de unos pocos monjes que vivían allí, en permanente lucha contra una naturaleza cuya hermosura sólo es comparable a su dureza.

Hablando de islas cargadas de magia como la propia Irlanda o la mayor de las pequeñas Skellig, El Viajero no puede olvidar su breve pero intenso paso por el archipiélago de las Aran, otro de los lugares que siempre recomienda cuando se encuentra con alguien que quiere ir a la verde Eire. Están mar adentro, más o menos frente a Galway, también en la costa oeste y también en lo que en su tiempo debía ser el borde final de un mundo en el que más allá no había nada, en el que tenías que ser muy valiente para adentrarte en ese vacío lleno de peligros inimaginables.



Se llega a ellas en ferris que salen de la propia Galway o de Doolin, algo más al sur. Desde allí el barco para en las tres islas y, caprichos de la geografía, lo hace de menor a mayor. Todo transcurre con la parsimonia que aún tienen muchas cosas en la Irlanda rural: Inisheer e Inishmaan desfilan primero, el barco hace breves paradas en sus pequeños puertos, donde suben y bajan algunos pocos pasajeros y los trabajadores del barco intercambian saludos y noticias con los del muelle. Finalmente, se llega a Inishmore y allí suelen desembarcar casi todos los turistas y también lo hizo El Viajero. Grupos de jóvenes corrían a alquilar bicicletas aunque seguro que no tenían ni idea de las endiabla-



das cuestas que les esperaban y él se reunía con un peculiar guía que iba a llevarle por la isla en una enorme furgoneta que ocupaba casi de parte a parte los estrechos caminos, eso si, bastante bien asfaltados.

El guía le explicaba la influencia del viento en el carácter de los isleños y que allí "somos distintos", una diferencia que, entre otras razones, se mantenía porque "nuestra lengua materna es el gaélico, no el inglés". El Viajero pronto se dio cuenta de que había otras cosas que diferenciaban a la isla de la "tierra madre", por ejemplo cuando el conductor paró con un frenazo brusco la furgoneta en un paraje bellamente desolado y ante un Cristo de un tamaño algo más pequeño que el natural, que era el único signo de civilización visible. "Dicen que aquí hay hadas", aseguró clavándole una mirada firme y un punto dura. El Viajero se quedó esperando una risa, o al menos una sonrisa o un gesto de complicidad, pero el guía mantenía fija su mirada, impasible: "Sí, de esas pequeñitas", explicaba por si había alguna duda. Guardando el silencio al que te abrazas cuando de verdad no sabes que decir, esperó una aclaración que no llegó, o al menos no del todo, ni mucho menos: "No sé si es verdad, pero eso dicen", afirmó el guía encogiéndose de hombros, tras lo que metió la primera y se lanzó de nuevo a toda velocidad por la pobre carretera.



Pese al pequeño tamaño de isla el paisaje de Inishmore tenía varias caras que se sucedían con naturalidad ante sus ojos: zonas en las que una roca primigenia sale a la superficie y no deja que crezca prácticamente nada; una parte en las que los pastos se dividen en pequeñas parcelas, separadas por muros de piedra y forman un mosaico de miles de piezas, minimalista y repetitivo en el mejor sentido de estas palabras; puntos en los que la tierra y el océano parecen en mitad de una batalla, como si las olas tratasen de empujar toda la isla hacia la costa y los acantilados se encargasen de impedirlo con un esfuerzo titánico y desesperado; y también playas en las que el mar se mezcla con la tierra de una forma suave, pequeñas bahías en las que unas lenguas finas de arena se diría que son acariciadas por el agua fría del Atlántico.

Mientras contemplaba este paisaje -o, mejor dicho, estos paisajes- desde la furgoneta, El Viajero veía también como el camino iba ascendiendo poco a poco a la parte más elevada de la isla y adelantaban a los ciclistas, frenados en seco al empinarse la ruta y ya menos alegres que en la zona llana junto al puerto. Subiendo subiendo llegaron al final del camino, donde el guía se limitó a señalar el inicio del sendero que llevaba a Dún Aengus, la principal atracción de Inishmore, además de la propia isla. "¿Quieres que te acompañe?" preguntó por evidente cortesía y con algo en la mirada que dejaba bastante claro que no deseaba hacerlo. "No, tranquilo, prefiero ir yo sólo", respondió El Viajero con absoluta sinceridad, pues siempre ha pensado que hay sitios que uno debe descubrir en solitario, en los que no tiene sentido compartir una conversación banal.

Y Dun Aengus es uno de ellos.

El camino empezaba modestamente, tras un pequeño aparcamiento y dos jovencitas irlandesas que aprovechaban un rincón de sombra para tocar música tradicional a cambio de unas monedas, que pedían de forma discreta, con un punto de timidez adolescente. Su música acompañó los primeros pasos de El Viajero por el sendero de piedra que ascendía, sin prisa pero sin pausa, por entre los muros de rocas amontonadas que cercaban los pastos, paredes que se diría levantadas para que no dejasen de tener un aspecto un tanto improvisado, casi natural. Gracias a eso cuando levantaba la vista, pensaba que no había nada humano en ese paisaje que, al contrario, en realidad los humanos venían modelando desde un tiempo tan antiguo como el propio Dún Aengus atestigua. Unas pocas vacas rumiaban con parsimonia entre el verde, mirando pasar a los turistas e incluso acercándose al borde del camino como esperando alguna interacción. No faltaba el que desvelaba su origen urbano queriendo tocar la cabeza de una de ellas casi con el mismo sentimiento maravillado con el que habría acariciado la frente de un diplodocus pero, más allá de las exageraciones de los que no han bajado de la acera más que para entrar en la playa, lo cierto es que el ganado daba a la escena un aire típico y rural que no le sentaba nada mal.

El camino seguía subiendo y con él lo hizo El Viajero hasta una primera muralla tosca y no muy alta, que daba paso a un terreno minado de piedras que parecían abandonadas por el campo de forma aleatoria, pero que en realidad eran parte del mecanismo defensivo del complejo. A este primer muro seguía otro, y a este un tercero que era el último y tras el cual nos encontrábamos en el corazón de la fortaleza: una pared alta, gruesa, pesada y redondeada, de piedras oscuras amontonadas con una destreza sorprendente y que aquí y allá se expandía en un robusto contrafuerte -curiosamente hacia afuera, como facilitando un poco el trabajo del invasor- que parecía tan ancho como el propio muro y que, a su modo un tanto basto, transmitía cierta habilidad constructiva.

Sin embargo, la pared que más impresionó a El Viajero fue la del acantilado que caía al mar en el interior del fuerte, una defensa natural de decenas de metros de altura que se despeñaba sobre el océano desde un corte perfecto de noventa grados, tan liso y geométrico que se diría obra humana. La sensación de vértigo al asomarse al precipicio se multiplicaba porque no había ninguna protección, ni una valla ni una mínima separación entre el vacío y el despreocupado turista, como el grupo de estudiantes franceses que irrumpió en el monumento sentándose, tumbándose y jugando al borde del abismo con ese toque de despreocupación y confianza que sólo da la juventud.

Más cauto, más miedoso, El Viajero se asomaba manteniendo una distancia respetuosa con el borde de la pared, estirando el cuello para que sus pies estuviesen lejos de la cornisa y aun así poder ver como el acantilado no sólo era vertical, sino que se combaba hacia su propio interior, creando lo que si el fondo fuese lo bastante profundo sería una plataforma perfecta para los saltos de los clavadistas que hacían las delicias de los turistas en Acapulco y hoy se han convertido en uno de esos deportes de riesgo que patrocinan las bebidas ener-

Desde ese alto el Atlántico se veía tranquilo y de un azul intenso, oscuro, que adquiría toques de verde en algunos momentos.



géticas. Desde ese alto el Atlántico se veía tranquilo y de un azul intenso, oscuro, que adquiría toques de verde en algunos momentos y, por supuesto, con las pinceladas de espuma blanca que las pequeñas olas iban dejando aquí y allá, mientras golpeaban rítmicamente la cavidad de roca con un tono grave, profundo, marino. El Viajero recuerda la sensación de plenitud que le transmitían ese sonido, el viento que llegaba quién sabe si del otro lado del océano, el aroma salino y húmedo y, por supuesto, el paisaje verde, gris y azul que Inishmore y el mar desplegaban ante sus ojos, favorecidos por la altura a la que se encuentra Dun Aengus, en la parte más elevada de la pequeña pero mágica isla. Y recuerda también como en aquel mismo instante supo que ese era uno de esos momentos inolvidables que sólo muy de vez en cuando te regalan los lugares más especiales.

Cuando El Viajero llegó a la Calzada del Gigante, no al complejo turístico con sus aparcamientos, su interesante centro de interpretación y su bonita tienda de regalos, sino a la Calzada propiamente dicha, sintió un punto de decepción: ¿Esto es todo?, se preguntó. Aun así siguió adelante, porque al fin y al cabo estaba allí trabajando, y se internó en el abigarrado conjunto de columnas cerca del punto en el que éste se encuentra con el mar. Son miles y miles de piedras de tamaño y forma muy similares, por las que hay que ir saltando más que caminando, ya que las diferencias de altura las hacen un pavimento demasiado irregular. Brincando de roca en roca empezó a tener otra percepción del lugar, a darse cuenta de lo increíble de la acumulación de columnas hexagonales que le rodeaba, a ver la fotogenia de esa forma repetida una y otra vez, pero casi siempre con pequeñas variaciones, pues paradójicamente, los grandes bloques de roca basáltica le parecían todos iguales vistos como un grupo, pero al mismo tiempo cada uno de ellos era único una vez se acercaba a él y lo miraba más de cerca. Por supuesto estaba el tema de la altura desigual, pero también el efecto del mar, que provocaba variaciones según la piedra hubiese sido más o menos erosionada por las olas, o





El viejo cementerio de Glendalough, buen ejemplo del encanto de los camposantos irlandeses.